

## Primer cuento chino

### EL PRINCIPIO DE TODAS LAS COSAS

—¡Podéis ir en paz!

Mosén Ramon ha dado por finalizado el funeral por el alma de Salvador Tamarit y Ulldemolins. Detrás quedaba una semana de perplejidad, incredulidad, dolor y aceptación hasta asumir que Salvador les había dejado. Lo había hecho de la forma que a él le gustaba hacer las cosas: sorprendiéndoles. Esta vez lo había hecho en serio. El pasado lunes, una llamada de Roser, su esposa, a las siete de la mañana les había dejado completamente trastornados por la rotundidad de sus palabras

—Ha muerto Salvador.

les había congelado la sangre y les había dejado desconcertados. Un infarto mientras dormía se lo había llevado sin sufrir y sin agonía aparente.

La iglesia de Els Angels está llena hasta los topes. Salvador era un hombre popular y completamente poliédrico en sus aficiones. En la ceremonia estaban todos. Los amigos de la escuela, los compañeros de universidad, los sardanistas, los compañeros del Colegio de Economistas, los del fútbol, los del Palau de la Música, y varios compañeros de todas las empresas donde había trabajado.

Salvador nació en una villa densamente poblada del Vallès Occidental. Hijo de una familia acomodada, estudió económicas y un MBA en ESADE en aquellos tiempos gloriosos de la institución, cuando el espíritu de los jesuitas estaba todavía muy presente. Se especializó en fiscalidad y fue el terror de muchos inspectores de Hacienda por sus grandes conocimientos sobre el tema. Casado con una heredera de una importante explotación agropecuaria, tuvo una única hija, Mar, que estudió medicina y ahora reside en Houston contratada por el Hospital West Houston Medical Center.

Salvador, al terminar la carrera, empezó a trabajar en el Banco de Bilbao en el área fiscal. A los pocos meses tuvo la oportunidad de realizar una estancia en el Banco Mundial en Washington DC y se quedó tres años como empleado. A su regreso encontró empleo en una muy conocida firma internacional de auditores y fiscalistas. En esta empresa estuvo cinco años, hasta que uno de sus mejores clientes –una de las primeras cajas de ahorro del país– le fichó como responsable de su departamento de auditoría interna y fiscal. En esta entidad trabajó hasta su jubilación, o como decía él, hasta que me echaron a los cincuenta y ocho años.

Salvador era un lector empedernido, especialmente de libros de historia, con especial apego por la de Cataluña. Sardanista desde muy joven, contando y repartiendo los pasos conoció a Roser, su mujer. No sólo bailaba sardanas, sino también estuvo muy ligado a su asociacionismo. Gran viajero, con una memoria infinita sobre sus estancias y detalles abrumadores sobre los lugares donde había estado, y por extensión, un conocedor profundo de las culturas y la historia de todas partes. Al jubilarse, y como entretenimiento, escribió su tesis doctoral sobre la economía del Císter.

Mosén Ramon se ha acercado al primer banco del templo, donde se encuentra la familia más cercana, y los ha reconfortado mientras los despide. Todo el mundo ha esperado en silencio en sus bancos hasta que la familia ha emprendido el camino de salida hacia el exterior. Con cierta solemnidad fingida, pero respetuosa, todos los asistentes han hecho lo mismo. Fuera, al pie de las escaleras, se está formando un pequeño colapso porque todo el mundo quiere despedirse de la familia. Unos con dolor sentido y otros para dar testimonio de que estaban allí. Se podría hacer un tratado sobre las razones por las que las personas asisten a los funerales, pero esto desviaría el interés de que todos los allí presentes ya no disfrutarían más de la presencia de Salvador.

En Barcelona, en noviembre, a las ocho y media de la tarde, empieza a hacer fresco, por no decir frío. Este hecho ha aligerado las despedidas y finalmente los tres amigos más cercanos a Salvador han podido abrazar a Roser y Mar. No han sido necesarias palabras. Hace demasiados años que se conocen, han convivido y se han apoyado en múltiples circunstancias y, en definitiva, lo han compartido casi todo. Jaume, para no retener la cola de las personas que quieren expresar el pésame, le ha dicho a Roser, en nombre de los tres

— ¡Te llamamos mañana y hablamos!

Roser los ha abrazado y besado con gran entereza y no ha sido necesario más. Ella sabe que no está sola y que le ayudarán a resolver cualquier trámite que le pueda inquietar. Los tres están seguros de que Salvador lo ha dejado todo escrito y con todo tipo de detalles sobre lo que debe hacerse a partir de ahora. Pitu, una vez se han alejado unos metros de la familia, ha dicho

— ¿Qué hacemos? ¿Queréis tomar un bocado antes de irnos a casa?

A ninguno le apetece «despedir el duelo sin más». Carles ha respondido

— ¿Qué propones?

— ¿Vamos al Racó d'en Cesc? Está a dos calles y evitamos movilizar los coches...

A los tres les ha parecido una buena idea. No hace más de seis meses que los cuatro habían estado allí y habían disfrutado de una buena y entretenida cena. Han bajado por la calle Balmes con paso ligero, sólo deteniéndose en los semáforos en rojo. La conversación no ha ido más allá de lo intrascendente. En menos de cinco minutos han llegado a la calle Diputació, donde está el restaurante. Si algo caracteriza a Jaume es que es un excelente relaciones públicas y lo conocen por doquier. Nada más entrar en el restaurante, ha saludado al maître como si lo conociera de toda la vida y le ha dicho

— Queremos una mesa para cuatro, aunque uno no vendrá.

El metre ha puesto cara de extrañeza ante la demanda y le ha repetido

— Quieren una mesa para tres con cuatro servicios.

Jaume ha respondido

— Efectivamente. Esto es lo que queremos. ¡Lo ha entendido perfectamente!

El empleado, sin hacer más preguntas, y con la elegancia que tienen los que provienen de buenas escuelas de hostelería, les ha invitado a seguirle.

Durante el paseo callejero hasta el restaurante nadie quería hablar de Salvador y las circunstancias de su ausencia para siempre. Se ha hablado, como siempre, de lo mal que está el tráfico y, por supuesto, de las condiciones meteorológicas. Parece que lo tienen todo guardado para cuando estén sentados en la mesa. Es la primera vez, después de más de cuarenta años, que uno de ellos

no asistirá a una cita. Desde hace más de veinte años, han ido a cenar juntos el primer y tercer martes de cada mes. La mayoría de las veces solos, y dos o tres veces al año, con sus respectivas familias. Un rito tan institucionalizado como celebrar la Navidad o el día de Reyes en una familia. Hay una pregunta que a los tres les bulle en sus cabezas: ¿tiene sentido seguir cumpliendo el rito y hacer lo que siempre han hecho, ahora ya, con la ausencia de Salvador?

Una vez se han sentado en la mesa, Carles ha abierto fuego.

—¿Recordáis lo que decía Salvador citando a Petrarca? *Un bel morir tutta una vita onora*. ¿Pensáis que estaría satisfecho de su *morir*?

—¿Y ahora qué importa?

Ha respondido Pitu, y ha añadido

—La muerte es la pérdida de conciencia del propio yo. Por tanto, le importa poco ya.

La respuesta ha sido severa y con cierta agresividad impropia de Pitu. Todos están trastornados, y tal vez enojados, porque lo que ha hecho Salvador, no se hace a los amigos. Se ha ido a la francesa, sin despedirse.

—Si hubiera vida más allá de la muerte...

Ha proseguido Carles

—Seguro que ahora se estaría haciendo un hartón de reír y diría alguna tontería con su talante socarrón y coñón.

—Eso nunca lo sabremos —ha apostillado Jaume.

—Es —ha rectificado como si se hubiera equivocado en el tiempo del verbo— era un coleccionista empedernido de aforismos para todo. Recuerdo cuando estudiábamos juntos preparando los exámenes de Preu, y decía: «*¡Amat victoria curam!* (la victoria es propicia para quien se prepara)». Con esto no nos dejaba desfallecer, ni distraernos del estudio.

—Era un «malnacido» que, incluso ahora, en estas circunstancias dolorosas, nos hace reír, —dijo Carles.

El metre ha repartido las cartas, y con pose de mariscal de campo ha dicho

—Además de lo que figura en la carta, les dejo las sugerencias del día.

—Hoy no es un día que tengamos mucha hambre, por razones obvias, pero algo llevaremos al buche —ha dicho entre dientes Jaume.

En silencio empezaron a leer las propuestas del día. Pasados unos silenciosos y tensos segundos, Pitu ha roto el hielo diciendo

—¿Vosotros qué pedís? ¿Queréis que tomemos un pica-pica de primero y después que cada uno pida el segundo que más le venga en gana?

Carles ha asentido con la cabeza y ha proseguido escrutando la carta como si fuera un breviario de cura de posguerra. Jaume, por su parte, está analizando como si fuera un sumiller profesional la carta de vinos y no presta atención a la propuesta de Pitu. Por último, levantando la cabeza ha dicho

—¿Qué decís? ¿Un pica-pica? A mí me parece bien. Escuchadme. ¿Qué tal un Montsant para maridar con lo que pedimos? Lo tomamos la última vez que estuvimos con Salvador, y bueno, recuerdo que a todos nos gustó mucho. ¿Qué os parece?

—Haz lo que quieras, porque al final también lo harás —le ha respondido Carles.

Jaume es de ideas fijas y un hábil discutiador, como tienen los abogados bien formados. Puede pasar horas discutiendo sobre el sexo de los ángeles y rebatir cualquier argumento en su contra. También es cierto que, si se lo pides, puede defender la visión contraria con la misma vehemencia. Todo es un juego intelectual para él. Natural de una comarca del interior, e hijo de una familia del textil, tiene cinco hermanos. Su espíritu independiente y muy poco amante de las reglas y la obediencia ciega le llevaron a estudiar Derecho en la Universidad de Barcelona y especializarse en Derecho Mercantil. Mientras estudiaba, también realizaba prácticas en un reconocido despacho de abogados del Paseo de Gràcia —donde se ubican los mejores bufetes jurídicos de la ciudad— y al finalizar la carrera, se incorporó como abogado.

A los tres años fue fichado por el departamento jurídico de una de las primeras empresas energéticas del país, donde llegó a ser su director. Asimismo, puso en marcha su propio despacho, donde se especializó en temas de marcas y patentes. En una fusión de empresas en la que estuvo involucrada la entidad en la que trabajaba, y en una de estas situaciones increíbles, pero demasiado frecuentes en este tipo de empresas y en la que decisiones políticas y de cam-

bio de *chromos* al más alto nivel prevalecieron sobre el talento y la experiencia, decidió aceptar una suculenta indemnización y de esta forma extinguir su contrato con la que había sido la empresa de toda su vida. Amplió su despacho con nuevas especializaciones y se dedicó plenamente a él hasta la edad de la jubilación. En agradecimiento a sus fieles colaboradores hizo un *management by out* y les dejó todo su legado para que continuaran su obra.

Jaume está casado con Dolors, farmacéutica con un exitoso despacho de específicos en la calle Muntaner. Tienen dos hijos, Bernat, oceanógrafo y muy vinculado al estudio y preservación de las especies marinas, y Laia, pedagoga y maestra. Trabaja en el Departamento de Educación de la Generalitat de Catalunya.

Jaume es una enciclopedia viviente sobre el siglo V a.C., el siglo de Pericles, y del Renacimiento. Este interés cultural le ha aproximado a todo tipo de actividades culturales, tanto como espectador, como promotor y activista. Es miembro del Real Círculo Artístico desde hace más de treinta años, siendo miembro de sus Juntas Directivas en varios mandatos.

Cuando se ha acercado de nuevo el metre, Pitu ha hecho seis propuestas que les han parecido bien a todos, porque no les apetece pensar mucho en la comida. En cambio, sí les apetece abrir el corazón, comentar lo que sienten y cómo creen que será la vida a partir de ahora del Cuarteto de Alejandría como se autodenominaban. Salvador era un fantástico e imaginativo elaborador de alias. A todos los profesores les ponía motes que hacían reír a todos. Ninguno se escapaba de tener uno. Desde cuando estudiaban juntos había bautizado al grupo como la obra de Lawrence Durrell, *Cuarteto de Alejandría*.

Durrell decía que hay tantas verdades como seres humanos que las viven y narran. No sólo varían los puntos de vista según quien lo narra, varían también porque cada ser humano se comporta de forma diferente dependiendo de con quien está relacionándose. Es, por tanto, un ser complejo, diverso, cambiante, y tiene muchas caras diferentes que salen a la luz en situaciones concretas. Para Salvador, su Cuarteto de Alejandría también respondía a este acertado criterio.

Cuatro amigos que lo son, eran, desde la infancia, han vivido vidas distintas y entienden la realidad según sus valores, su experiencia y cómo les ha ido, pero por encima de todo, se tienen, tenían, un profundo cariño y respeto. Admiran las cualidades y talentos de cada uno de los demás, y no aceptan las verdades comúnmente admitidas por el simple hecho de no molestar a la

mayoría. Han aprendido a vivir en las paradojas y el razonamiento sin tregua, porque esto les hace libres. Desde siempre lo más importante ha sido saber hacer las preguntas acertadas, más que tener respuestas almacenadas de origen incierto y dudoso. Ahora el cuarteto se ha convertido en un trío y ya no tienen a quien los rebautice como trío. Tal vez, el Cuarteto de Alejandría podría trascender a la huida de Salvador y seguir para siempre siendo un cuarteto con presencias físicas y de añoranza permanente en el corazón. *¡Ma chi lo sa!*

Mientras, un camarero ha servido unos aperitivos y ha llenado las copas de vino. Carles ha sido el primero en decir

— Ya no será lo mismo. Dejadme haceros una pregunta. ¿Estáis preparados para la muerte? ¿Alguna vez habéis pensado en ello? Siempre tengo la sensación de que hablar de ello es impúdico y poco elegante. Todos actuamos como si el tema lo tuviéramos muy manido y por lo tanto ya no tenemos que hablar de ello porque todo es muy obvio.

Jaume, con su espíritu de letrado, ahora jubilado, pero en ejercicio vital, ha respondido

— En términos jurídicos es un contrato sin fecha de finalización y que se va novando según cómo estás de salud.

— Sí, ¿pero por qué no hablamos con la misma naturalidad como hablamos de nuestros proyectos, de política, de fútbol...? — ha respondido Carles.

Pitu, que escucha con atención el juego de preguntas y respuestas, lo ha resuelto rápido...

— Porque sois unos descreídos y sabéis que cuando esto acabe no hay nada y tenéis miedo que os cagáis. Dejadme haceros una pregunta. Cuando estábamos los cuatro a punto de jubilarnos, ¿hablamos mucho de cómo sería nuestra vida una vez fuéramos excluidos del mundo laboral?

— No es lo mismo — ha respondido Jaume.

— ¿Por qué no es lo mismo? ¿Sabíamos que no nos aburriríamos por nuestro natural talante, pero habíamos hecho serios planes sobre cómo sería nuestro «cada día»?

Se ha hecho un silencio y Pitu ha continuado diciendo

—Nos queda, en buen estado de salud, una tercera parte de nuestras vidas por vivir, en unas condiciones que no tienen nada que ver con cómo había sido nuestra vida anterior. Hemos estado programados para el trabajo. La pregunta del millón es, ¿y para no hacerlo?

Mientras, el camarero ha servido los primeros platos y ha vuelto a llenar las copas con el vino que ha seleccionado Jaume.

Carles ha levantado la copa y ha dicho solemnemente

—¡Por Salvador!

Pitu ha respondido

—¡Por el Cuarteto de Alejandría!

Todos juntos mirándose a los ojos han dicho

—¡Por el Cuarteto de Alejandría!

Han dado un corto trago y se han mirado con complicidad. Se ha hecho un breve pero interminable silencio, sólo roto por la presencia del camarero, que ha explicado las excelencias del contenido de los platos que ha traído a la mesa.

Jaume, tras deleitarse con este primer trago y felicitar a sí mismo por la buena elección del vino, ha dicho

—Quiero haceros una propuesta. Igual os parece una tontería, pero no quiero dejar de hacerla.

Todos le han mirado con expectación sabiendo que no se trataba de ninguna simpleza.

—Propongo seguir haciendo nuestras cenas de cada primer y tercer martes de mes, con un propósito más allá de la satisfacción de encontrarnos y deleitar nuestras papilas gustativas.

Carles ha respondido

—No sé por qué deberíamos dejar de vernos. ¿Dónde quieres ir a parar?

—Lo que quiero proponeros es que en estas cenas revisemos todos nuestros aprendizajes en el transcurso de la vida con ojos críticos, y si somos capaces, elaboremos un documento, un blog, o tal vez un libro, o vete a saber qué, que recoja nuestra particular visión de la realidad, y no sólo eso, sino también



aquellas preguntas que debería hacerse cualquier mortal antes de decidir hacia dónde quiere orientar sus pasos.

Otro silencio ha invadido la mesa. Finalmente, Pitu lo ha roto diciendo

—¿Qué quieres hacer? ¿Un libro de memorias?

Y ha afirmado

—Eso no interesa a nadie más allá de nosotros mismos. Los tiempos pasados, por definición, son pasados. Que yo sepa, hechos heroicos, descubrimientos científicos o grandes hazañas, creo que no los hemos hecho. Nos hemos dedicado a sobrevivir, cuidar a nuestras familias y prestar algún servicio a nuestra comunidad.

Josep, Pitu para todos ellos, es hijo de una familia barcelonesa de Sants, donde sus padres regentaban una próspera ferretería en Hostafrancs. Tiene un hermano. Estudió, como los otros tres compañeros, en los Jesuitas de Caspe, y perteneció al movimiento del esculptismo y de guías de montaña, llegando a ser Jefe de Agrupamiento. Cursó la carrera de Psicología en la Universidad Central de Barcelona y posteriormente la de Derecho, especializándose en Derecho Laboral. Al finalizar sus estudios se incorporó a una de las primeras firmas de consultoría de la época, y tuvo la oportunidad de ampliar estudios en la Universidad en Chicago. A su regreso, trabajó durante cuatro años en su división de consultoría, hasta que uno de sus clientes, una importante empresa farmacéutica, le fichó como jefe de relaciones laborales. Seis años más tarde empezó su carrera como director de Recursos Humanos en diversas multinacionales, tanto del sector farmacéutico como del químico.

Pitu está casado con Mercè, quien dirige una empresa de inserción socio-laboral de discapacitados. Tienen dos hijos, María, que estudió artes plásticas y es una relevante pintora, y Marcel, biólogo, investigador en el Hospital del Mar. Su trayectoria en el movimiento Scout le llevó al asociacionismo vecinal y también a las causas de diversas ONG en las que participa activamente. Como no podía ser de otra forma, toca la guitarra en un grupo de folk donde puede desarrollar toda su vena artística.

—¡No, no, nada más lejos de mi propósito! —ha respondido Jaume.

—Lo que os estoy intentando explicar es que, si no hacemos nada, ¿qué va a quedar de nosotros? Unos cuantos álbumes de fotos que el tiempo se irá

comiendo el color, varios cientos de otros en alguna nube a la que algún día nadie sabrá cómo acceder... Cuatro papeles que hemos escrito que nunca nadie leerá... Recuerdos que van a morir cuando dejen de existir las personas con las que hemos compartido vivencias. ¡Y nada más!

La perplejidad ha ido en aumento ante la propuesta de Jaume. Carles, con su tono a veces pontifical, ha añadido

—Ahora lo entiendo. Lo que te preocupa es nuestra trascendencia. El dejar huella.

Con tono burlón ha seguido

—Por aquí pasó el Cuarteto de Alejandría. ¡No jodamos!

Carles es hijo de una familia de profesores de educación básica. Son tres hermanos y siempre han residido en Barcelona, aunque la familia proviene de Sant Llorenç de Morunys.

Estudió Ingeniería Industrial en la ETSEIB, especializándose en organización. El hecho de que su tía viviera en Londres, le dio la oportunidad de cursar y obtener un MBA en la London Business School. Al final de sus estudios fue contratado como estudiante en prácticas en una fábrica de coches en Valencia. Allí dio sus primeros pasos profesionales en el área de organización y sistemas. Después de cuatro años volvió a Barcelona para unirse al departamento de estrategia de una empresa multinacional del sector agroalimentario. Durante su estancia en esta empresa, tuvo la oportunidad de ir a una sucursal en México como gerente general. Una vez allí, se encontró con Cristina, una hija de emigrantes catalanes, y se casó con ella. Tienen dos hijas, Mariona, una abogada que trabaja en Ciudad de México, y Carme, que vive en Barcelona y es psiquiatra en el Hospital Vall d'Hebron. A su regreso a Barcelona, trabajó como director general de una empresa de logística, donde permaneció hasta su retiro. Carles estudió piano cuando era un adolescente, y el jazz es su pasión. Siempre que puede, toca en un cuarteto de jazz con otros cuatro amigos.

En esto, Jaume, que se iba entusiasmando a medida que iba desarrollando sus ideas, ha vuelto a la carga

—Creo que no me he explicado bien. Los tres, los cuatro —ha rectificado— hemos sido y somos personas con dilatada experiencia como ciudadanos, pro-

fesionales, padres de familia, etc. ¿Quién nos impide decir lo que pensamos y creemos y ponerlo al servicio de quien quiera leernos o escucharnos? Sería algo así como un aviso para navegantes.

Pitu con una cierta sorna ha apostillado

—Es decir, un «alguien debía decirlo». Nos tomarán por tontos. Los *abuelos*, que ya están fuera del circuito publicando un manual para la vida... ¡Venga ya! ¡Vamos hombre! Como si no hubiera bastantes libros de autoayuda, de memorias o manuales académicos...

Carles, intentando entender la propuesta de Jaume, ha dicho en tono conciliador

«Veamos si te entiendo». En otras palabras. No se trata de explicar cómo se deben hacer las cosas, ni de elaborar una teoría general, sino de plantear algunas cuestiones clave, analizar el estado en el que se encuentran y plantear las preguntas adecuadas sobre cómo avanzar. Resumiéndolo corto y mal...

—Eso es lo que quería decir.

—Vivimos en un momento histórico en el que hay demasiados estímulos narcotizantes que actúan contra el espíritu crítico, el análisis de las causas reales, sin buscar culpables que las escondan, y contra la libertad de pensamiento.

Carles, removiéndose en su silla, ha continuado diciendo

—Es evidente que todo el mundo busca certezas que no le incomoden. Por lo general, aceptamos sin detenernos verdades insustanciales y banales como si fueran «mantras», que de tanto repetirlos los acabamos aceptando como verdades universales. Haciéndolo así evitamos las paradojas por su incomodidad y por la obligación de comprenderlas y resolverlas.

—¿Y nosotros, somos ajenos a estas actitudes? —Pitu preguntó irónicamente.

—Te responderé como lo habría hecho Salvador: *Homo sum, humani nihil a me alienum puto* —le ha espetado Carles. O sea, por ponerlo fácil, aclara Pitu: ¡que soy un hombre y no hay nada humano que me sea ajeno!

Han consumido las viandas sin darse cuenta de que las respectivas cualidades organolépticas. Les han devuelto al aquí y ahora, sin prestar siquiera atención al camarero, cuando les ha traído los segundos platos. Ninguno de los tres ha hecho mucho caso a la homilía que pretendía hacer sobre las exce-

lencias que había preparado el chef. Finalmente, el camarero se ha marchado con cierto disgusto reprochándose a sí mismo, que quizás no había realizado correctamente su trabajo.

Lo que había comenzado como un cuento chino por parte de Jaume –uno más– se había convertido en una provocación para los espíritus discutidores sobre cualquier tema, como hubiera hecho en otro tiempo y en su estilo *full stream*, el añorado Salvador, poniendo a prueba la agudeza mental y el intelecto de sus amigos.

Jaume ha proseguido

—Os propongo lo siguiente. Analicemos diacrónicamente la vida profesional de cualquier individuo y tratamos de diseccionarla por etapas. Desde la vocación –si la hay– hasta su jubilación, y analizamos con qué decisiones importantes le toca enfrentarse, y consecuentemente, qué preguntas debe hacerse para tomar un camino responsablemente hacia dónde quiere ir. ¿Qué os parece?

Pitu ha añadido

—Creo que solo analizar diacrónicamente la vida profesional sin ubicarla en un contexto, no tiene mucho sentido.

—¿Qué propones? —ha añadido Carles.

—El contexto debería ser la vida de las organizaciones en las que se produce la vida profesional. Empezando por las *start up* y llegando hasta sus procesos de disolución, fusión y o adquisición. Con esto tendríamos una visión dual que también implicaría a los empleadores, y ahí habría que incluir a autónomos y trabajadores por cuenta propia.

—En otras palabras, siguiendo tu razonamiento, podríamos también hacer preguntas a los empresarios, hombres de negocios, gerentes o personas que tengan responsabilidades en la vida profesional de terceros. ¿Es esto?

Pitu ha añadido

—Efectivamente. Así es. Me gustaría que Salvador estuviera presente en estos debates. Todos sabemos cómo pensaba y lo que seguramente nos diría. Pienso que, si hacemos ese disparate, él debe estar allí desde su ausencia física, presente con su espíritu.

—Lo compro —ha dicho rotundamente Jaume. —Y no sólo eso. ¿Qué os parecería si nuestros encuentros los hiciéramos en restaurantes con pedigrí e historia de nuestro entorno? De esta forma les haríamos un homenaje por su persistencia histórica y por habernos acogido y satisfecho durante tantos años.

—¡Me parece una excelente idea! —ha dicho Carles, para seguir diciendo. — Os propongo también que cada uno de nosotros haga una relación de restaurantes a los que le gustaría visitar de nuevo y la ponemos a votación. Los más recurrentes en nuestras listas comunes formarán parte de las ubicaciones para nuestros debates.

—¡Ya ha salido el ingeniero para organizarnos! —ha remachado Jaume con gran sorna.

Mientras han ido brotando las ideas sobre cómo afrontar el proyecto, los postres y los cafés han sido consumidos con la misma indiferencia que el resto de platos. Son las diez y media, y a todos les gusta madrugar. Sin muchos aspavientos han abonado la cuenta, y Jaume se ha despedido del metre como si se conocieran de toda la vida, y han quedado como si tuvieran que verse mañana.

En la calle ha bajado la temperatura y el frío se deja sentir en manos y pies. Han caminado juntos hasta el aparcamiento subterráneo del Paseo de Gràcia donde tienen los coches respectivos, hablando nuevamente de cosas irrelevantes. Una vez que han abonado los tickets, Carles ha dicho

—Siempre nos acabas liando, y como somos débiles y vulnerables, gracias a tus hechizos, acabamos haciendo lo que tú quieres. Creo que nos estamos metiendo en un «fregao» del que sólo podremos salir volando en globo.

—No sólo eso. Nos acaba poniendo deberes y trabajo —ha respondido Pitu.

Jaume ha esbozado una sonrisa socarrona y ha añadido

—El Cuarteto de Alejandría es inmortal y si no lo es, debería serlo. Ahora tenemos la oportunidad. ¡Buenas noches! Me voy a dormir, ha sido un día demasiado intenso para mí.

Se han abrazado fraternalmente y cada uno se ha dirigido hacia su coche. Hay muchos interrogantes abiertos en la propuesta de Jaume, pero no ha dejado a nadie indiferente.



No se trata solo de los 25 años de historia, ni de que un día su sumiller ganara un premio estatal cuidando una bodega bien surtida de vinos variados y valientes, el *Can Cesc* es un restaurante con un comedor para estar a gusto y una cocina creativa y gastronómica, sin florituras. Si además de comer bien, nos gusta el maridaje de cervezas, de las manos de un experto, entonces seguro que habrás hecho la mejor elección.